La vio sentada en un rincón y se le llenó la mirada de agua. Ella le vio acercarse y sonrió. “Qué son siete años, princesa?”, dijo el hombre, sentándose a su lado. A su espalda, tras la cristalera, se veían los primeros espacios de Alfa Centauri. “Aquí, siete minutos”, dijo la mujer. “Siete eternos minutos.” Sin más, una voz en off se dejó oír en la sala: Humana 230266, diríjase a la lanzadera Tierra 11, destino Madrid, 2035. Ella se levantó, le miró despacio, le acarició la mejilla y con la voz entrecortada dijo “No tardes.” “Puede que, cuando llegues, esté allí”, dijo él, “Acuérdate de mí”. “No te me olvidas” dijo ella. La mujer caminó hacia un pasillo azul iluminado, a la derecha de la estancia. Cuando entraba en él, la voz se dejó oír de nuevo: Humano 230259, diríjase a la lanzadera Tierra 16, destino Madrid, 2028. Ella sonrió, mientras se desvanecía, y dijo sin palabras “Espérame”. “Ya está aquí”, dijo en la lejanía una enfermera. Y ella rompió a llorar. Desde el principio. Otra vez.